

## Revista *Ahijuna*

Matías Grinchpun

La primera entrega de *Ahijuna* apareció en diciembre de 1967, distribuida por una red de librerías, kioscos y otros puntos de venta en varias ciudades del país. Dirigida por Fermín Chávez, la publicación tuvo una presentación sencilla y austera, tal como puede apreciarse en las portadas convencionalmente estructuradas y engalanadas con un color adicional a los predominantes blanco y negro. La simplicidad se condijo con el precio, ya que los \$100 –\$120 para los dos últimos números– resultaban módicos en comparación con los \$400 que costaba una revista por entonces muy demandada como *Planeta*. La tirada de *Ahijuna* rondó los cinco mil ejemplares, preparados en los talleres de Ediciones Nuestro Tiempo y Editorial Theoría. Ambos sellos habían difundido desde los años cuarenta obras de temáticas afines al tradicionalismo católico y el revisionismo histórico, lo que permite explicar que Chávez los eligiera para editar varias de sus obras y esta revista efímera pero no intrascendente.

*Ahijuna* tuvo por subtítulo “Historia, letras, política, economía”, términos que resumían los intereses y pasiones de su director y principal promotor. Por empezar, el entrerriano se dedicó al estudio y la difusión de la historia a través de libros –*Vida y muerte de López Jordán* (1957), *Alberdi y el mitrismo* (1961) y *Vida del Chacho* (1962)– en los que había cuestionado la “historia oficial” que “el liberalismo” habría fraguado para la Argentina. Por otra parte, había adherido férreamente al peronismo desde los años cincuenta, colaborando en periódicos como *CGT*, *Líder* y *Democracia* para unirse, luego de la “Revolución Libertadora”, a órganos clandestinos como *De Frente*, *El Populista* y *Norte*. Además, Chávez había incursionado en la literatura, componiendo versos influenciados por Leopoldo Lugones, Miguel Hernández y Leopoldo Marechal. Sus primeros poemarios fueron editados con venia y fondos justicialistas, lazo refrendado por el romance que dedicó a Juan José Valle y los otros fusilados por el gobierno *de facto* en junio de 1956.

Los términos del subtítulo funcionan como vías alternativas para recorrer esta publicación, modos distintos pero complementarios de abordar esta hoja –como rotulara Mario Tesler– de “batalla cultural”. Así, una mirada atenta a la historiografía encontraría abundantes marcas del revisionismo, con secciones fijas consagradas a “Documentos” y

“Testimonios” del rosismo y el federalismo, al tiempo que un “Correo Histórico” – posiblemente a cargo de Chávez– despejó, para correspondientes de diversas comarcas del país, dudas sobre personajes más o menos conocidos del pasado nacional. Mención aparte merece la columna “Leído y comentado”, donde se encomiaron libros como *Juan Manuel de Rosas*, de José Luis Busaniche, *El caudillo*, de Horacio Salas y *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, de H.S. Ferns. Esta última reseña ironizó sobre la reacción de ciertos intelectuales vernáculos, quienes habrían amonestado al estudioso inglés por creer “que la historia se debe hacer con documentos, hurgando en los archivos, en vez de ir lisa y directamente al grano de la *Historia de Belgrano*”. El gusto por la controversia no se detuvo allí, ya que Haydée Frizzi de Longoni juzgó “superficial” la aproximación de Sergio Bagú al período rivadaviano, mientras que Vicente Sierra declaró que Jorge Luis Borges era un “argentino sin consciencia histórica” por aseverar que al país le habría ido mejor de haber tenido por texto canónico el *Facundo* en vez del *Martín Fierro*. Habría sido ajustada entonces la caracterización realizada por Norberto D’Atri, para quien la revista de Chávez fue un ejemplo de la “eclosión revisionista” ocurrida en los sesenta. Este “boom” no escapó a la consideración de *Ahijuna*, donde se celebró la creciente visibilidad y notoriedad de los disidentes de la “versión canónica”, sin olvidar la proliferación de discos y canciones dedicados a los caudillos. Paradójicamente, la publicación no rechazó, sino que aplaudió el reconocimiento implícitamente otorgado al revisionismo por la Academia Nacional de la Historia, la cual incorporó por esa época al jesuita Mariano Castex.

Si la óptica se enfocara en la literatura, la imagen obtenida estaría dominada por la poesía y el género gauchesco. La primera halló expresión en la sección “Los Nacionales” y en el tributo a rapsodas venerados, como Lugones y el Padre Francisco de Paula Castañeda. El segundo fue todavía más pregnante, desde el nombre de la publicación –apócope de “¡Ah, hijo de una gran puta!”– hasta la frase presente en todas las portadas –“Tiemple, y cantaremos juntos...”–, extraída de *La vuelta de Martín Fierro*. Referencias a José Hernández, su hermano menor Rafael y sus obras pueden hallarse en todos los números, tanto en la forma de desagravios y loas como en pesquisas, críticas y polémicas literarias. Escritos en los que las preocupaciones líricas se mezclaron con reyertas políticas más o menos evidentes, en tanto –siguiendo a Josefina Ludmer– la voz del gaucho le permitió a la revista incorporar lo otro, lo político y lo oficial: en pocas palabras, hablar “de la vida pública de la patria”. No se trató simplemente de una recuperación de tradiciones populares como la payada, sino de la

actualización de la alianza entre “un autor que construye lo oral para incluir en su interior la palabra escrita, política, *la suya*” y la voz del gaucho, que reproduce el verbo ajeno.

Haciendo foco en lo político, *Ahijuna* exhibe el creciente escepticismo del nacionalismo frente a la “Revolución Argentina”. A tono con hojas como *Azul y Blanco*, de Marcelo Sánchez Sorondo, y *Jauja*, de Leonardo Castellani, la publicación de Chávez criticó al “Onganiato” por respetar los pilares culturales del “Estado caserista”, perpetuando el “lavado de cerebro” antinacionalista que atenazaba a la población. La revista exigió por ello una refundación no tanto económica como espiritual, acompañada por un alejamiento de la Casa Blanca y un acercamiento a Hispanoamérica. En este punto, pueden oírse reverberaciones de la “Tercera Posición” peronista, aunque también de un “tercerismo” de derechas. Mientras los apellidos justicialistas fueron exigüos en *Ahijuna*, nacionalistas como Julio Irazusta, Ignacio Anzoátegui y el Padre Castellani publicaron ensayos y poemas, al tiempo que se homenajeó al colaboracionista francés Robert Brasillach y al rexista belga León Degrelle. No debería omitirse que entre sus escasos auspiciantes se contó Huemul, célebre librería y editorial porteña especializada en textos nacionalistas. Esta tendencia podría ser conceptualizada como un *memento* de la juventud de Chávez, cuando frecuentó los Cursos de Cultura Católica y contribuyó con publicaciones afines al nacionalismo como *Crisol*, *Tribuna* y *Dinámica Social*.

*Ahijuna* llegó a su fin en septiembre de 1968, tras lanzar su séptimo número. Una octava entrega habría quedado inédita, sometida a la crítica roedora de los ratones. Si los colaboradores no habían faltado gracias a los numerosos contactos literarios de Chávez, la suerte se habría mostrado más esquiva a la hora de sumar suscriptores y anunciantes. Pablo Vázquez ha apuntado que el mercado se había mostrado receptivo en esos años, dado el éxito de la literatura latinoamericana, el revisionismo y *Todo es Historia*, pero estas expectativas se habrían visto frustradas. Sin embargo, esta breve existencia no atenúa la significación y resonancia de esta revista, cultora del género gauchesco, exponente de una historiografía anti-oficial y portadora de una crítica nacionalista y antiliberal a Onganía.